

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA*Unicuique suum Non praevalent*

Año XLIX, número 38 (2.533)

Ciudad del Vaticano

22 de septiembre de 2017

El Papa corrobora la línea de severidad y firmeza emprendida por la Iglesia

Tolerancia cero contra los abusos sexuales



La Iglesia «irrevocablemente y a todos los niveles pretende aplicar contra el abuso sexual de menores el principio de “tolerancia cero”» fue la determinación que el Papa expresó ante los miembros de la Comisión pontificia para la protección de los menores, con quienes se reunió el jueves, 21 de septiembre.

En Asamblea plenaria, el Pontífice recibió los proyectos, así como las conclusiones de los tres años de trabajo de esta Comisión, que está presidida por el cardenal estadounidense Sean O'Malley y que se ocupa de la protección contra el abuso sexual de todos los niños, jóvenes y adultos vulnerables.

En el encuentro, Francisco reiteró la posición firme y severa adoptada por la Iglesia: «Permítanme decir con toda claridad que el abuso sexual es un pecado horrible, completamente opuesto y en contradicción con lo que Cristo y la Iglesia nos enseñan».

El Papa calificó como «alentador» el hecho de que Conferencias Episcopales y Conferencias Superiores Mayores hayan buscado el consejo de esta Comisión pontificia. También les animó a continuar con su labor y llevar su código de buenas prácticas a las «distintas Iglesias de todo el mundo».

«Confío plenamente en que la Comisión seguirá siendo un lugar donde podamos escuchar con interés las voces de las víctimas y de los supervivientes. Porque tenemos mucho que aprender de ellos y de sus historias personales de coraje y perseverancia», añadió el Pontífice.

Una interpelación acuciante

FERNANDO CHICA ARELLANO*

Estos días hemos conocido por los medios de comunicación una noticia que algunos calificarán como «impactante», «decepcionante» o, incluso, «vergonzosa». En efecto, el pasado 15 de septiembre, en la sede de la FAO, en Roma, cinco organismos del sistema de Naciones Unidas (FAO, FIDA, PMA, UNICEF, OMS) presentaron un informe bajo el título: «El Estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo». Según se puede leer en este extenso documento, en 2016, el hambre ha afectado a 815 millones de personas (el 11% de la población mundial). Están distribuidos del siguiente modo: 520 millones en Asia, 243 millones en África y 42 millones en Latinoamérica y el Caribe. Es realmente triste que, tras más de diez años de descenso, la cantidad de los que no tienen nada que comer ha vuelto a aumentar en nuestro mundo, cuando el único número que debería asociarse con el hambre tendría que ser el cero.

No es solo un incremento meramente estadístico (de unas décimas en unas gráficas). Si miramos el año precedente, de lo que estamos hablando

Sobre el perdón de Dios

Una misericordia sin límites

«Con una misericordia sin límites»
Dios «nos perdona todos los pecados en cuanto mostramos incluso solo una pequeña señal de arrepentimiento». Lo recordó el Papa Francisco en el Ángelus del domingo, 17 de septiembre, en la plaza San Pedro, hablando sobre el perdón de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El pasaje del Evangelio de este domingo (cf Mateo 18, 21-35) nos ofrece una enseñanza sobre el perdón, que no niega el mal inmediatamente sino que reconoce que el ser humano, creado a imagen de Dios, siempre es más grande que el mal que comete. San Pedro pregunta a Jesús «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano?, ¿Hasta siete veces?» (v. 21). A Pedro le parece ya el máximo perdonar siete veces a una misma persona; y tal vez a nosotros nos parece ya mucho hacerlo dos veces. Pero Jesús responde: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (v. 22), es decir, siempre: tú debes perdonar siempre. Y lo confirma contando la parábola del rey misericordioso y del sirvo despiadado, en la que muestra la incoherencia de aquel que primero ha sido perdonado y después se niega a perdonar.

El rey de la parábola es un hombre generoso que, preso de la compasión, perdona una deuda enorme —«diez mil talentos»: enorme— a un sirvo que lo suplica. Pero aquel mismo sirvo, en cuanto encuentra a otro sirvo como él que le debe cien dinares —es decir, mucho menos—, se comporta de un modo despiadado, mandándolo a la cárcel. El comportamiento incoherente de este sirvo es también el nuestro cuando negamos el perdón a nuestros hermanos. Mientras el rey de la parábola es la imagen de Dios que nos ama de un amor tan lleno de misericordia para acogernos y amarnos y perdonarnos continuamente.

Desde nuestro bautismo Dios nos ha perdonado, perdonándonos una deuda insoluta: el pecado original. Pero, aquella es la primera vez. Después, con una misericordia sin límites, Él nos perdona todos los pecados en cuanto mostramos incluso solo una pequeña señal de arrepentimiento. Dios es así: misericordioso. Cuando estamos tentados de cerrar nuestro corazón a quien nos ha ofendido y nos pide perdón, recordemos las palabras del Padre celestial al sirvo despiadado: «sirvo malvado, yo te perdóné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No deberías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?» (vv. 32-33). Cualquiera que haya experimentado la alegría, la paz y la libertad interior que viene al ser per-



donado puede abrirse a la posibilidad de perdonar a su vez.

En la oración del *Padre Nuestro* Jesús ha querido alojar la misma enseñanza de esta parábola. Ha puesto en relación directa el perdón que pedimos a Dios con el perdón que debemos conceder a nuestros hermanos: «y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores» (Mateo 6, 12). El perdón de Dios es la señal de su desbordante amor por cada uno de nosotros; es el amor que nos deja libres de alejarnos, como el hijo pródigo, pero que espera cada día nuestro retorno; es el amor audaz del pastor por la oveja perdida; es la ternura que acoge a cada pecador que llama a su puerta. El Padre celestial —nuestro Padre— está lleno, está lleno de amor que quiere ofrecernos, pero no puede hacerlo si cerramos nuestro corazón al amor por los otros.

La Virgen María nos ayuda a ser cada vez más conscientes de la gratitud y de la grandeza del perdón recibido de Dios, para convertirnos en misericordiosos como Él, Padre bueno, pausado en la ira y grande en el amor.

Al finalizar la oración mariana, saludando a los grupos de fieles presentes, el Pontífice se dirigió en particular a los participantes de la carrera «Via Pacis», deseando que «esta iniciativa cultural y deportiva pueda favorecer el diálogo, la convivencia y la paz».

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo con afecto a todos vosotros, romanos y peregrinos provenientes de diversos países: familias, grupos, parroquias y asociaciones.

Saludo a los fieles de La Plata (Argentina), a los oficiales de la Es-

cuela Militar de Colombia y a los catequistas de Rho.

Saludo a los participantes de la carrera *Via Pacis*, que ha tocado lugares de culto de diversas confesiones religiosas presentes en Roma. Espero que esta iniciativa cultural y deportiva pueda favorecer el diálogo, la convivencia y la paz.

Saludo a los numerosos jóvenes que han venido de Loreto, acompañados por los Hermanos Franciscanos, que han iniciado hoy una jornada de reflexión y meditación: vosotros nos traéis el «perfume» del Santuario de la Santa Casa, ¡gracias! Saludo también a los voluntarios *Pro Loco* y a los caminantes que empiezan hoy el relevo hacia Asís. ¡Buen camino!

A todos os deseo un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicaque anno Non praevaldunt

Ciudad del Vaticano
ed.espanola@ossrom.va
www.osservatoreromano.va

GIOVANNI MARIA VIAN
director

Giuseppe Fiorentino
subdirector
Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
vía del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

don Sergio Pellini S.D.B.
director general
Servicio fotográfico
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@redazione.system@ilsol24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 38,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones@ossrom.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 2618 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.
En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 337 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

«Educar y acompañar a las nuevas generaciones a aprender los valores humanos y a cultivar una visión evangélica de la vida y de la historia»: es la tarea «urgente» que el Papa confió a los participantes del capítulo general de los misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, recibidos en audiencia en la mañana del sábado 16 de septiembre, en la Sala Clementina.

Queridos hermanos:

Os acojo con alegría con ocasión de vuestro Capítulo general y doy las gracias al Superior General por sus palabras. Os habéis reunido para reflexionar sobre la vida de vuestra Congregación, rezar y discernir juntos qué caminos os indica el Señor para actualizar y dar fecundidad renovada al carisma que el Espíritu Santo ha donado a la Iglesia y al mundo a través de vuestro Fundador, el sacerdote Jean Jules Chevalier.

Encuentro particularmente significativo el lema que habéis elegido para la preparación que todo el Instituto ha desarrollado en vista de este Capítulo: «Tú has guardado el vino bueno hasta ahora» (Juan 2, 10). Si por un lado sois conscientes y estáis agradecidos por el precioso patrimonio de proyectos y obras apostólicas que el carisma ha dado hasta ahora en el siglo y medio de vida del Instituto, gracias a la fidelidad de los hermanos que os han precedido; por el otro entendéis bien que sus ricas potencialidades en beneficio de la Iglesia y del mundo no se han agotado. En escucha de lo que el Espíritu hoy dice a su Iglesia y abiertos a las preguntas de la humanidad, vosotros sabréis sacar de la fuente genuina e inextinguible del carisma nuevo impulso, elecciones valientes, expresiones creativas de la misión que os ha sido confiada. Precisamente las cambiantes condiciones del mundo actual respecto al pasado, y las nuevas instancias del compromiso de evangelización de la Iglesia, son las condiciones que requieren y hacen posible nuevos modos de ofrecer el «buen vino» del Evangelio para donar alegría y esperanza a muchos.

Si la inspiración originaria del fundador fue la de difundir la devo-



A los misioneros del Sagrado Corazón compromiso en la formación cristiana

Evangelizar significa también educar

ción al Sagrado Corazón de Jesús, hoy vosotros la comprendéis y la actualizáis expresándola en una variedad de obras y de acciones que testimonian el amor tierno y misericordioso de Jesús hacia todos, especialmente hacia esas porciones de humanidad más necesitadas. Para poder hacerlo, os invito —como he recordado a menudo a las personas consagradas— a “volver al primer y único amor”, a tener fija la mirada en el Señor Jesucristo para aprender de Él y amar con corazón humano, a buscar y cuidar de las ovejas perdidas y heridas, a trabajar por la justicia y la solidaridad con los débiles y los pobres, a dar esperanza y dignidad a los desheredados, a ir allá donde haya un ser humano que espera ser acogido y ayudado. Mandándoos como Misio-

No tengáis miedo de continuar e incrementar la comunión con los laicos que colaboran en vuestro apostolado

neros en el mundo, es este el primer evangelio que la Iglesia os confía: mostrar en vuestra persona y con vuestras obras el amor apasionado y tierno de Dios por los pequeños, los últimos, los indefensos, los descartados de la tierra.

Aunque también vuestro Instituto, como otros, haya sufrido en los últimos decenios una cierta disminución de sus miembros, el aumento de las vocaciones en América del Sur, en Oceanía y en Asia os consuela y os da esperanza para el presente y el futuro. Así tam-

bién la formación cristiana de la juventud, ulterior expresión de vuestro carisma, podrá ser garantizada e incrementada en las obras del Instituto. ¡Qué urgente es hoy la tarea de educar y acompañar a las nuevas generaciones a aprender los valores humanos y a cultivar una visión evangélica de la vida y de la historia! Esta, que muchos definen una verdadera “emergencia educativa”, es sin duda una de las fronteras de la misión evangelizadora de la Iglesia, hacia las cuales toda la comunidad cristiana es invitada a salir. En la línea de lo que han realizado los hermanos que os han precedido y de las obras iniciadas por ellos, os aliento a tomar iniciativas nuevas también en esta expresión específica de vuestro apostolado.

La Congregación de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús cuenta hoy todavía con un buen número de miembros, entre los cuales un consistente grupo de religiosos hermanos, y los hermanos, en una congregación, son una gracia del Señor.

Os pido, no cedáis al mal del clericalismo, que aleja al pueblo y especialmente a los jóvenes de la Iglesia, como he tenido forma de recordar otras veces. Vivid entre vosotros una verdadera fraternidad, que acoge las diversidades y valora la riqueza de cada uno.

No tengáis miedo de continuar e incrementar la comunión con los laicos que colaboran en vuestro apostolado, haciéndoles partícipes de vuestros ideales y proyectos y compartiendo con ellos las riquezas de la espiritualidad que fluyen del carisma del Instituto. Junto a ellos y con las hermanas de la congregación femenina, tomará vigor una más grande “familia carismática”, que mejor mostrará la vitalidad y la actualidad del carisma del fundador.

La Virgen María, que vosotros invocáis con el título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, os tenga siempre aferrados a su Hijo, preparados para hacer todo lo que Él os diga, y con su materna intercesión os custodie.

Os acompañe también mi bendición, que extendo a todas vuestras comunidades. Y, por favor, nos os olvidéis de rezar por mí.

¡Gracias!

En oración por las familias

Rezar «por las familias afectadas por la falta de trabajo, por las perseguidas por motivo de fe y por cada familia en situación de sufrimiento»: es la invitación dirigida por el Papa —en un mensaje firmado por el cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin— a los participantes de la décima peregrinación nacional de las familias por la familia. Promovido por la Renovación Carismática Católica en colaboración con el dicasterio para los laicos, la familia y la vida y con otras realidades de pastorales familiares de la Iglesia italiana, el encuentro se desarrolló en Scafati y Pompeya el sábado, 16 de septiembre.



El Papa habla del discernimiento a los obispos de nuevo nombramiento

Un antídoto a la rigidez

Un «remedio contra la inmovilidad», un «proceso creativo», «un antídoto contra la rigidez»: es esto, para Francisco, el discernimiento al cual todo obispo está llamado en el ejercicio de su misión de pastor al servicio del pueblo de Dios. El Pontífice habló de ello en la audiencia —el jueves 14 de septiembre por la mañana, en la Sala Clementina— con los prelados de nuevo nombramiento que participan en el curso anual de formación organizado por las Congregaciones para los obispos y para las Iglesias orientales.

Queridísimos hermanos:

Con gran alegría os doy la bienvenida en este momento casi concluyente de vuestra peregrinación romana, organizada por las Congregaciones para los obispos y para las Iglesias orientales.

Agradezco al cardenal Marc Ouellet y al cardenal Leonardo Sandri y a los dicaste-

píritu» (2 Corintios 3, 8-9). Este año, el programa de vuestras jornadas en Roma ha tratado de penetrar en el misterio del Episcopado mediante una de sus tareas centrales, la de ofrecer al «rebaño en que el Espíritu Santo [nos ha] puesto como vigilantes» (Hechos de los Apóstoles 20, 28) el discernimiento espiritual y pastoral necesarios para que llegue al conocimiento y a la realización de la voluntad de Dios, en el cual reside toda perfección.

Por lo tanto, permitidme compartir algunas reflexiones sobre esta cuestión cada vez más importante en nuestros días, paradójicamente marcados por un sentido de autorreferencia, que proclama como terminado el tiempo de los maestros, mientras que, en su soledad, el hombre concreto no cesa de gritar la necesidad de ser ayudado para hacer frente a las cuestiones dramáticas que lo asaltan, de ser guiado paternalmente en el camino, no obvio, que lo desafía, de ser iniciado en el misterio de su propia búsqueda de la vida y la felicidad.

Precisamente es a través del auténtico discernimiento, que Pablo presenta como uno de los dones del Espíritu (cf. 1 Corintios 12, 10) y Santo Tomás de Aquino llama «la virtud superior que juzga según los principios superiores» (Sum. Theol., II - II, q. 51, a. 4, a. 3), como podemos responder a esta necesidad humana actual.

El Espíritu Santo, protagonista de todo discernimiento auténtico

No hace tanto tiempo, la Iglesia invocó sobre vosotros el Spiritus Principalis o Pneuma hegemonikon, la potencia que el Padre ha dado al Hijo, y que Él transmitió a los santos Apóstoles, es decir «el Espíritu que dirige y guía». Hay que ser conscientes de que ese gran don, del que con gratitud somos servidores perpetuos, descansa sobre hombros frágiles. Tal vez por ello, la Iglesia, en su oración de la consagración episcopal, ha tomado esa expresión del Miserere (Salmo 51, 14b) en el que el orante, después de explicar su fracaso, implora al Espíritu que le da inmediatez y espontánea generosidad en la obediencia a Dios, tan fundamental para el que guía una comunidad.

Sólo aquel que es guiado por Dios tiene el título y la autoridad para ser propuesto como guía de los demás. Puede amestrar y cultivar en el discernimiento sólo el que está familiarizado con este maestro interior que, como una brújula, ofrece los criterios para distinguir, para sí mismo y para los demás, el tiempo de Dios y de su gracia; para reconocer su pasaje y el camino de su salvación; para indicar los medios concretos, agradables a Dios, para lograr el bien que Él predispone en su misterioso plan de amor para cada uno y para todos. Esta sabiduría es la sabiduría práctica de la Cruz, que aunque incluya la razón y su prudencia, las supera, ya que conduce a la fuente misma de la vida que no muere, es decir, «conocer al Padre, el único Dios verdadero, y al que ha enviado: Jesucristo» (Juan 17, 3).

El obispo no puede dar por descontada la posesión de un don tan alto y trascendente, como si se tratara de un derecho adquirido, sin decaer en un ministerio privado de fecundidad. Es necesario implorarlo constantemente como condición primaria para iluminar toda sabiduría humana, existencial, psicológica, sociológica, moral, de la que podamos servirnos en la tarea de discernir los caminos de Dios para la salvación de los que nos han sido confiados.

Por lo tanto, es imperativo volver constantemente en la oración a Gabaón (cf. 1 Reyes 3, 5-12), para recordar al Señor que ante Él somos perennemente «niños pequeños, que no saben salir ni entrar» y para implorar «no larga vida, ni riquezas, ni la muerte de los enemigos», sino sólo «el discernimiento para juzgar a su pueblo». Sin esta gracia, no nos convertiríamos en buenos meteorólogos de lo que se pueda vislumbrar «en el aspecto del cielo y de la tierra», sino que seremos incapaces de «evaluar el tiempo de Dios» (cf. Lucas 12, 54-56). El discernimiento, por lo tanto, nace en el corazón y en la mente del obispo a través de su oración cuando pone en contacto las personas y las situaciones que le han sido confiadas con la Palabra divina pronunciada por el Espíritu. En esa intimidad el Pastor madura la libertad interior que lo hace firme en sus elecciones y comportamientos, tanto personales como eclesiales.

Sólo en el silencio de la oración se puede aprender la voz de Dios, percibir las huellas de su lenguaje, acceder a su verdad, que es una luz muy diferente, que «no está sobre la inteligencia casi como el aceite que flota en el agua» y es muy superior porque sólo «el que conoce la verdad conoce esta luz» (cf. Agustín, Conf. VII, 10, 16).



rios, que presiden respectivamente, su generoso esfuerzo para realizar este evento, que me permite ahora conocerlos personalmente y profundizar con vosotros, nuevos Pastores de la Iglesia, la gracia y la responsabilidad del ministerio que hemos recibido.

De hecho, no por mérito nuestro, sino por pura benevolencia divina, nos han encomendado «el testimonio del Evangelio de la gracia de Dios» (Hechos de los Apóstoles 20, 24; Romanos 15, 16) y el «ministerio del Es-

El discernimiento es un don de espíritu a la Iglesia, al que se responde con la escucha

El discernimiento es una gracia del Espíritu al santo pueblo fiel de Dios que lo constituye Pueblo profético, dotado con ese sentido de la fe y de ese instinto espiritual que lo hace capaz de sentir cum Ecclesia. Es un don recibido en medio del Pueblo y orientado hacia su salvación. Puesto que desde el bautismo el Espíritu ya mora en los corazones de los fieles, la fe apostólica, la bienaventuranza, la rectitud y el espíritu evangélicos no le son extraños.

Por lo tanto, si bien recubierto de una ineludible responsabilidad personal (cf. Directorio *Apostolorum Successores*, 160-161), el obispo está llamado a vivir su propio discernimiento de pastor como miembro del Pueblo de Dios, es decir, en una dinámica cada vez más eclesial, al servicio de la koinonía. El obispo no es el «padre y patrón» autosuficiente ni tampoco el asustado y aislado «pastor solitario».

El discernimiento del obispo es siempre una acción comunitaria, que no prescinde de la riqueza del parecer de sus presbíteros y diáconos, del Pueblo de Dios y de todos aquellos que pueden brindarle una contribución útil, incluso a través de aportaciones concretas y no meramente formales¹. «Cuando no se tiene en cuenta de ninguna manera al hermano y uno se considera superior, se termina por enorgullecerse también contra Dios mismo».

En el diálogo sereno, no tiene miedo de compartir, e incluso a veces de modificar, su discernimiento con los demás: con los hermanos en el episcopado a los que está unidos sacramentalmente, y entonces el discernimiento se vuelve colegial; con sus propios sacerdotes, de los que es garante de esa unidad que no se impone por la fuerza, sino que se teje con la paciencia y la sabiduría de un artesano; con los fieles laicos, para que conserven el «olfato» de la verdadera infalibilidad de la fe que reside en la Iglesia: saben que Dios no falla en su amor, y no desmiente sus promesas.

Como enseña la historia, los grandes Pastores, para defender la recta fe, han sabido dialogar con tal depósito presente en el corazón y en la conciencia de los fieles y, no pocas veces, han estado sostenidos por ellos. Sin este intercambio, «la fe de los más cultos puede degenerar en la indiferencia y la de los más humildes en la superstición»².

Os invito, por lo tanto, a cultivar una actitud de escucha, creciendo en la libertad de renunciar al propio punto de vista (cuando se muestra parcial e insuficiente), para asumir el de Dios. Sin dejarse condicionar por otras miradas, esfuerzos por conocer con vuestros propios ojos los lugares y las personas, «la tradición» espiritual y cultural de las diócesis que os han confiado para adentraros respetuosamente en la memoria de su testimonio de Cristo y para leer su presente concreto a la luz del Evangelio, fuera del cual no hay futuro alguno para la Iglesia.

La misión que os espera no es llevar vuestras propias ideas y proyectos, ni soluciones abstractas ideadas por quien considera a la Iglesia como el huerto de su casa, sino humildemente, sin protagonismos o narcisismos, ofrecer vuestro testimonio concreto de unión con Dios, sirviendo al Evangelio que debe ser cultivado y ayudado a crecer en esa situación específica.

Discernir significa, por lo tanto, humildad y obediencia. Humildad sobre vuestros proyectos. Obediencia al Evangelio, último criterio; al Magisterio, que lo custodia; a las normas de la Iglesia universal, que lo sirven; y a la situación concreta de las personas, para las que no se quiere otra cosa que buscar en el tesoro de

la Iglesia, lo que sea más fecundo para el hoy de su salvación (cf. *Mateo* 13, 52).

El discernimiento es un remedio contra la inmovilidad del «siempre se ha hecho así» o del «tomemos tiempo». Es un proceso creativo que no se limita a aplicar esquemas. Es un antídoto contra la rigidez, porque las mismas soluciones no son válidas en todas partes. Es siempre el perenne hoy del Resucitado, que nos impone que no nos resignemos a la repetición del pasado y tengamos el valor de preguntarnos si las propuestas de ayer siguen siendo evangélicamente válidas. No os dejéis aprisionar por la nostalgia de tener una sola respuesta para aplicar en todos los casos. Esto tal vez calmaría nuestra ansiedad de rendimiento, pero dejaría relegadas a los márgenes y «secas» vidas que necesitan ser regadas por la gracia que custodiamos (*Marcos* 3, 1-6; *Ezequiel* 37, 4).

Os recomiendo una delicadeza especial con la cultura y la religiosidad del pueblo. No son algo que tolerar, o meros instrumentos para maniobrar, o «una cenicienta» que hay que tener siempre escondida porque es indigna de entrar en el salón de los conceptos y de las razones superiores de la fe. Al contrario, hay que cuidarlas y dialogar con ellas, ya que, además de ser el sustrato que custodia la autocomprensión de la gente, son un verdadero sujeto de evangelización, del que vuestro discernimiento

Pero estas certezas, el Pastor las hace suyas en la oscuridad humilde de la fe. Transmitirlas al rebaño no es, por lo tanto anunciar obvias proclamaciones sino introducir en la experiencia de Dios que salva sosteniendo y guiando los posibles pasos que se puedan dar.

De ahí que el auténtico discernimiento, aunque definitivo en cada paso, sea un proceso siempre abierto y necesario, que puede completarse y enriquecerse.

No se reduce a la repetición de fórmulas que «como las nubes altas mandan poca lluvia» al hombre concreto, a menudo inmerso en una realidad que no se puede reducir al blanco o negro. El pastor está llamado a poner a disposición del rebaño la gracia del Espíritu, que sabe cómo penetrar en los pliegues de la realidad y tener en cuenta sus matices para que emerja lo que Dios quiere llevar a cabo en todo momento. Pienso especialmente en los jóvenes, las familias, los sacerdotes, los que tienen la responsabilidad de guiar a la sociedad. Que en vuestros labios puedan buscar y encontrar un sólido testimonio de esta Palabra superior, que es «antorcha para mis pies y luz para mi sendero» (*Salmo* 118,105).

Una condición esencial para el progreso en el discernimiento es educarse en la paciencia de Dios y en sus tiempos, que nunca son los



no puede prescindir. Tal carisma, donado a la comunidad de creyentes, no puede por menos que ser reconocido, interpelado e involucrado en la trayectoria ordinaria de discernimiento realizada por los pastores.

Recordad que Dios estaba ya presente en vuestras diócesis cuando llegasteis y lo seguirá estando cuando os vayáis. Y, en fin, todos seremos medidos no con la contabilidad de nuestras obras, sino con el crecimiento de la obra de Dios en el corazón del rebaño que guardamos en nombre del «pastor y custodio de nuestras almas» (cf. 1 *Pedro* 2, 25).

Llamados a crecer en el discernimiento

Debemos esforzarnos por crecer en un discernimiento encarnado e inclusivo, que dialoga con la conciencia de los fieles que debe ser formada y no sustituida (cf. *ibid.*, n. postsin. *Amoris laetitia*, 37), en un proceso de acompañamiento paciente y valiente para que pueda madurar la capacidad de cada uno —fieles, familias, presbíteros, comunidad y sociedad—. todos llamados a avanzar en la libertad de elegir y realizar el bien que Dios quiere. De hecho, la actividad de discernimiento no está reservada a los sabios, a los perspicaces y a los perfectos. Al contrario, Dios a menudo resiste a los soberbios y se muestra a los humildes (*Mateo* 11, 25)

El Pastor sabe que Dios es el camino y se fia de su compañía; conoce y nunca duda de su verdad ni desespera de su promesa de vida.

nuestros. Él nunca hace «caer fuego contra los infieles» (*Lucas* 9,53 a 54), ni permite a los celosos «arrancar del campo la cizaña» que ven crecer (cf. *Mateo* 13, 27 a 29). Nos toca a nosotros, día tras día, recibir de Dios la esperanza de que nos libra de toda abstracción, ya que nos permite descubrir la gracia escondida en el presente sin perder de vista la longanidad y su plan de amor que nos trasciende.

Queridísimos hermanos:

Os pido por favor, que tengáis escrupulosamente ante vuestros ojos a Jesús y a la misión que no era suya sino del Padre (cf. *Juan* 7,16), y que ofrecéis la gente —hoy como ayer confundida y perdida— todo lo que Él supo dar: la posibilidad de encontrar a Dios personalmente, de elegir su Camino y de progresar en su amor.

Tened, particularmente fija en Él vuestra mirada hoy, fiesta de la Santa Cruz, lugar permanente del discernimiento de Dios en nuestro favor, contemplando la profundidad de su encarnación y aprendiendo de ella el criterio de todo discernimiento auténtico (1 *Juan* 4,1).

La Virgen, que permanece con la mirada fija en su Hijo, os guarde y os bendiga, a vosotros y a vuestras Iglesias particulares.

¹ Doroteo de Gaza, *Comunione con Dio e con gli uomini*, Edizioni Qiqajon, 2014, 101-102.

² John Henry Newman, *Sulla consultazione dei fedeli in materia di dottrina*, Morcelliana, Brescia 1991, 123.

Publicamos a continuación el texto en español del motu proprio del Papa Francisco «Summa familiae cura», datado el 8 de septiembre, con el cual se instituye el Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para las Ciencias del Matrimonio y de la Familia



CARTA APOSTÓLICA
EN FORMA DE MOTU PROPRIO
SUMMA FAMILIAE CURA

Animado por la mayor atención a la familia, San Juan Pablo II, como seguimiento del Sínodo de los Obispos de 1980 sobre la familia y de la exhortación apostólica postsinodal *Familiaris Consortio* de 1981, con la Constitución apostólica *Magnum Matrimonii sacramentum* confirió una forma jurídica estable al Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el Matrimonio y la Familia, que opera en la Universidad Pontificia Lateranense. Desde entonces, éste ha desarrollado un trabajo provechoso de profundización teológica y de formación pastoral tanto en su sede central de Roma, como en las secciones extrarurbanas, presentes ya en todos los continentes.

Más recientemente, la Iglesia ha dado un paso sucesivo en el camino sinodal poniendo nuevamente en el centro de la atención la realidad del matrimonio y la familia, en primer lugar en la Asamblea extraordinaria de 2014, dedicada a «Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización» y, después, en la ordinaria de 2015 sobre «La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo». La culminación de este intenso recorrido ha sido la Exhortación apostólica post-sinodal *Amoris Laetitia*, publicada el 19 de marzo de 2016.

Esta estación sinodal ha llevado a la Iglesia a una renovada conciencia del Evangelio de la familia y de los nuevos desafíos pastorales a los que la comunidad cristiana está llamada a responder. La centralidad de la familia en los caminos de «conversión pastorales»^[1] de nuestras comunidades y de «transformación misionera de la Iglesia»^[2] requiere que —incluso en el ámbito de la formación académica— en la reflexión sobre el matrimonio y la familia no falten nunca la perspectiva pastoral y la atención a las heridas de la humanidad. Si no se puede llevar a cabo una profundización fructuosa de la teología pastoral sin tener en cuenta el peculiar perfil eclesial de la familia^[3], por otro lado, no escapa a la misma solicitud pastoral de la Iglesia el valioso aporte del pensamiento y de la reflexión que indagán, del modo más profundo y riguroso, la verdad de la revelación y la sabiduría de la tradición de la fe, con el fin de su mayor inteligencia en el tiempo presente. «El bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia. [...] Es sano prestar atención a la realidad concreta, porque las exigencias y llamadas del Espíritu Santo resuenan también en los acontecimientos mismos de la historia, a través de los cuales la Iglesia puede ser guiada a una comprensión más profunda del inagotable misterio del matrimonio y de la familia».^[4]



Nuevo motu proprio para la institución de un nuevo Pontificio instituto Frente a nuevos desafíos pastorales

El cambio antropológico y cultural, que influye hoy en todos los aspectos de la vida y requiere un enfoque analítico y diversificado, no nos permite limitarnos a prácticas de la pastoral y de la misión que reflejan formas y modelos del pasado. Debemos ser intérpretes conscientes y apasionados de la sabiduría de la fe en un contexto en el que los individuos están menos sostenidos que en el pasado por las estructuras sociales, en su vida afectiva y familiar. Con el limpio propósito de permanecer fieles a las enseñanzas de Cristo debemos, por lo tanto, mirar con intelecto de amor y con sabio realismo, la realidad de la familia, hoy, en toda su complejidad, en sus luces y sombras.^[5]

Por estas razones he considerado oportuno ofrecer un nuevo marco jurídico al Instituto Juan Pablo II, para que «la intuición clarificante de San Juan Pablo II, que quiso firmemente esta institución académica, hoy [pueda] ser todavía mejor re-

conocida y apreciada en su fecundidad y actualidad».^[6]

Por lo tanto, he tomado la decisión de instituir un Instituto Teológico para Ciencias del Matrimonio y la Familia, ampliando su campo de interés, sea por las nuevas dimensiones de la tarea pastoral y de la misión eclesial, sea en referencia al desarrollo de las ciencias humanas y de la cultura antropológica en un campo tan fundamental para la cultura de la vida.

ART. 1

Con el presente Motu Proprio instituyo el Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para Ciencias del Matrimonio y la Familia, que, vinculada a la Pontificia Universidad Lateranense, suceda, sustituyéndolo al Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el Matrimonio y la Familia, esta-

blecido por la Constitución apostólica *Magnum Matrimonii sacramentum*, que por lo tanto cesó. Será deber, sin embargo, que la inspiración original que dio origen al cesado Instituto para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia siga fundando el campo más amplio de compromiso del nuevo Instituto Teológico, contribuyendo eficazmente a que sea plenamente compatible con las exigencias actuales de la misión pastoral de la Iglesia.

ART. 2

El nuevo Instituto será, en el contexto de las instituciones pontificias, un centro académico de referencia, al servicio de la misión de la Iglesia universal, en el campo de las ciencias relacionadas con el matrimonio y la familia y respecto a los temas asociados con la alianza fundamental del

hombre y de la mujer para el cuidado y la generación de la creación.

ART. 3

La relación especial del nuevo Instituto Teológico con el ministerio y el magisterio de la Santa Sede se verá respaldada además por la relación privilegiada que establecerá, en las formas que serán mutuamente concordadas, con la Congregación para la Educación Católica, el Pontificio Consejo para los Laicos, la Familia y la Vida y con la Pontificia Academia para la Vida.

ART. 4

§ 1. El Pontificio Instituto Teológico, así renovado, adaptará sus estructuras y dispondrá de las he-

rramientas necesarias - cátedras, profesores, programas, personal administrativo - para realizar la misión científica y eclesial que se le asigna.

§ 2. Las autoridades académicas del Instituto Teológico son el Gran Canciller, el Presidente y el Consejo del Instituto.

§ 3. El Instituto Teológico tiene la facultad de conferir *iure proprio* a sus alumnos los siguientes títulos académicos: Doctorado en Ciencias sobre el Matrimonio y la Familia; la Licencia en Ciencias sobre el Matrimonio y la Familia; el Diploma en Ciencias sobre el Matrimonio y la Familia.

ART. 5

Lo que establece el presente Motu proprio será profundizado y definido en sus propios estatutos aprobados por la Santa Sede. En particular, se identificarán las formas más adecuadas para promover la cooperación y la confrontación, en los ámbitos de la enseñanza y la investigación, entre las autoridades del Instituto Teológico y las de la Pontificia Universidad Lateranense.

ART. 6

Hasta la aprobación de los nuevos Estatutos, el Instituto Teológico se regirá temporalmente por las normas estatutarias hasta ahora vigentes en el Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, comprendidas la estructuración en secciones y las respectivas normas, en la medida en que no se opongan al presente Motu proprio.

Todo lo deliberado con esta Carta apostólica en forma de Motu proprio, ordeno que se observe en todas sus partes, a pesar de cualquier disposición en contrario, aunque digna de mención especial, y establezco que sea promulgado mediante la publicación en el diario *L'Osservatore Romano*, entrando en vigor el día de la promulgación, y que se inserte sucesivamente en *Acta Apostolicæ Sedis*.

Datado en Roma, en San Pedro, el 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Virgen María del año 2017, quinto de nuestro Pontificado

FRANCISCO

[1] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 26-32.

[2] Cf. *Ibid.*, cap. 1.

[3] Cf. CONC. ECUM. VAT II, *Cost. dogm. Lumen gentium*, 11.

[4] Exhort. Ap. postsin. *Amoris laetitia*, 31; cfr. Juan Pablo II Exhort. Apo-postsin. *Familiaris consortio*, 4.

[5] Cfr. Exhort. Ap. postsin. *Amoris laetitia*, 32.

[6] *Discorso a la comunidad académica del Pontificio Instituto Juan Pablo II de Estudios sobre Matrimonio y Familia*, 27 octubre 2016 *L'Osservatore Romano*, 28 de octubre 2016 p.8.



El mundo del espectáculo itinerante

Alabanza al carrusel

«Mensajeros de la alegría que gusta a Dios y que viene de Él»: así definió el Papa a los feriantes y artistas itinerantes reunidos en la asociación italiana de operadores de espectáculos itinerantes (ANESV), a los que recibió en audiencia el viernes, 15 de septiembre, por la mañana, en la Sala Clementina, con ocasión del septuagésimo aniversario de su actividad.

Queridos hermanos y hermanas:

Os doy mi cordial bienvenida a vosotros, que pertenecéis al mundo del espectáculo itinerante, aquí representados por vuestra Asociación Nacional (ANESV), y agradezco al Presidente por sus amables palabras. Extiendo mi saludo a vuestros familiares y colegas que no han podido estar presentes, con un pensamiento especial para los niños, los ancianos y los enfermos.

Sé que la vida del trabajo itinerante no es una vida fácil. Conozco las dificultades que afrontáis con vuestras familias, en vuestro constante ir de lugar a otro. Se trata de dificultades para recuperar las plazas de las ferias; para encontrar espacios adecuados a vuestras caravanas, teniendo que permanecer a veces fuera de la ciudad; para deteneros en comunidades que no siempre aprecian el valor social de este tipo de espectáculo. No os desaniméis, continuad vuestro camino, para que vuestras ciudades y nuestros pueblos no pierdan esta belleza peculiar a través de vuestra presencia, de vuestro arte, de vuestra alegría.

El vuestro es un camino que, gracias a Dios, está iluminado por la fe, una fe que vivís especialmente en familia, y esto es muy importante: la familia en camino con Dios, animada por la confianza en la Providencia. Una fe que encuentra también en las diversas parroquias por las que pasáis los lugares de referencia para el descanso espiritual: para participar en la eucaristía, la preparación y la celebración de los sacramentos, para un consejo y una ayuda fraternal de la comunidad. Por eso, espero que entre vuestras comunidades itinerantes y las comunidades parroquiales haya siempre apertura, encuentro, deseo de conocer y compartir momentos de vida y de oración.

En mi encuentro con el mundo del espectáculo itinerante, en junio del año pasado, destacué que sois «artesanos de la fiesta de la maravilla y artesanos de la belleza, [...] llamados a cultivar sentimientos de esperanza y confianza». Es cierto: la vuestra es una belleza «artesanal», diferente a la producida por las grandes potencias de la diversión, que resulta algo «fría», poco humana.

Os confieso que prefiero la vuestra, que tiene un aroma de asombro y encanto y que, sin embargo, es el resultado de horas y horas de duro trabajo.

Un carrusel no termina nunca de maravillar, genera una alegría dulce en los niños y en los mayores. También los mayores rencuentran la alegría de la infancia allí; vuelven a ser niños y crecen al volver a las raíces del recuerdo de la infancia. Efectivamente, la vocación de vuestra vida y de vuestro trabajo es la alegría. Creo que, si nos remontamos al origen de cada uno de vuestros espectáculos, de vuestras «caravanas», siempre encontramos a alguien —un abuelo, una abuela, un bisabuelo...— que se apasionó con este tipo de espectáculo, sintió una vocación alegre, y por ella también estuvo dispuesto a hacer grandes sacrificios. Es una vocación que se convierte de inmediato en una misión: la misión de ofrecer a la gente, a los niños, pero también a los adultos y a

los ancianos, la oportunidad de una diversión sana y limpia. Es diversión sana y limpia, sin necesidad de ir «abajo» a buscar material para que la gente se divierta. Diversión sana y limpia. Y dentro de esta vocación, de esta misión, ¿cómo puede no estar la mano de Dios? Dios nos ama y quiere que seamos felices. En cualquier sitio que haya una alegría simple y limpia, está su huella. Por eso, si sabéis conservar estos valores, esta autenticidad y sencillez, sois mensajeros de la alegría que agrada a Dios, y que procede de Él.

Queridos hermanos y hermanas, os encomiendo a todos a la protección materna de nuestra Madre María.

Que Ella os acompañe siempre en vuestro ir y en vuestro detenerse. Os bendigo a todos, a vuestros seres queridos y a vuestro trabajo.

Y os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

Pésame del Papa por la muerte del cardenal Velasio De Paolis

Publicamos a continuación el telegrama de pésame por la muerte, el 9 de septiembre, del cardenal Velasio De Paolis, c.s., de la Diaconía de Gesù Buon Pastore alla Montaguola, presidente emérito de la Prefectura para los Asuntos Económicos de la Santa Sede, enviado por el Papa Francisco a su hermano, el señor Angelo De Paolis.

He recibido con tristeza la noticia de la muerte de su amado hermano, el cardenal Velasio De Paolis, c.s., tras una larga y penosa enfermedad, que vivió con ánimo sereno y confiado abandono a la voluntad del Señor.

Deseo expresarle, así como a sus hermanos, hermana, y a toda su familia mi sentida participación en el luto que afecta a cuantos conocían y estimaban al purpurado fallecido.

Quiero recordar con gratitud su preparación especial y su competencia en el campo jurídico, ofrecida en muchos años de enseñanza en las universidades pontificias para la formación de las generaciones jóvenes, especialmente de los sacerdotes, así como en las tareas realizadas al servicio de la Santa Sede, primero como secretario del Tribunal supremo de la Signatura Apostólica, luego como presidente de la Prefectura de asuntos económicos de la Santa Sede, así como en otras y delicadas tareas de confianza, dando siempre un testimonio fecundo de celo sacerdotal y de fidelidad al Evangelio.

Mientras ofrezco fervientes oraciones al Señor para que, por intercesión de la Virgen María y del beato Giovanni Battista Scalabrini, conceda al difunto cardenal el premio prometido a sus fieles servidores, le envío de todo corazón así como a todos los que lloran su desaparición la bendición apostólica con un pensamiento especial para los que lo han cuidado con amor en estos últimos años.

FRANCISCO PP.

El Papa saluda a los obispos de Japón durante su visita «ad limina Apostolorum», el 20 de marzo de 2015



Publicamos la carta enviada por el Papa Francisco a los obispos de Japón, con ocasión de la visita pastoral del cardenal Fernando Filoni, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos, que comenzó el domingo 17. «Un mensaje de cercanía»: así definió el purpurado al documento pontificio -traducido también en japonés e inglés- que fue leído durante el encuentro con los preladados del Sol levante, que tuvo lugar durante la tarde en la sede de la nunciatura apostólica de Tokio. «Vosotros sabéis que como joven jesuita», recordó en ese sentido el prefecto de Propaganda fide, Jorge Mario Bergoglio soñaba con venir a Japón como misionero, motivo singular que lo liga a nuestro país».

Carta a los obispos de Japón

Una gran misión espiritual y moral

Queridos hermanos en el episcopado:

La visita pastoral del prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos me ofrece la oportunidad de haceros llegar mi cordial saludo, recuerdo de nuestro encuentro con ocasión de vuestra visita ad limina en marzo de 2015.

Deseo confiaros que, cuando pienso en la Iglesia en Japón, mi pensamiento corre hasta el testimonio de muchos mártires que han ofrecido la propia vida por la fe. Desde siempre ellos tienen un lugar especial en mi corazón: pienso en san Pablo Miki y sus compañeros, que en 1597 fueron inmolados, fieles a Cristo y a su Iglesia; pienso en los innumerables confesores de la fe, el beato Justus Takayama Ukon, que en el mismo período prefirió la pobreza y el camino del exilio en vez de renegar el nombre de Jesús. Y qué decir de los llamados «cristianos escondidos», que desde 1600 hasta la mitad del 1800 vivieron en clandestinidad para no renegar, y preservar la propia fe y de quienes recientemente hemos recordado el 150º aniversario del descubrimiento. La larga fila de los mártires y de los confesores de la fe, por nacionalidad, lengua, clase social y edad, tuvo en común un profundo amor al Hijo de Dios, renunciando o al propio estado civil o a otros aspectos de la propia condición social, todo «para ganar a Cristo» (Fil 3,8).

Recuerdo de tanto patrimonio espiritual, quiero dirigirme a vosotros, hermanos que lo habéis heredado y que con delicada solicitud continuáis la tarea de la evangelización, especialmente cuidando de los más débiles y favoreciendo la integración en

las comunidades de fieles de varias procedencias. Deseo daros las gracias por esto, así como por el compromiso en la promoción cultural, en el diálogo interreligioso y en el cuidado de la creación. Deseo, en particular, reflexionar con vosotros sobre el compromiso misionero de la Iglesia en Japón. «Si la Iglesia nació católica (es decir universal), quiere decir que nació «en salida», que nació misionera». (Audiencia General del 17.9.2014). De hecho, «el amor de Cristo nos apremia» (2 Corintios 5,14) a ofrecer la vida por el Evangelio. Tal dinamismo muere si perdemos el entusiasmo misionero. Por esto «la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás» (Exort. ap. Evangelii gaudium, 10).

Me detengo en el discurso de la montaña, en el que Jesús dice: «Vosotros sois la sal de la tierra; [...] Vosotros sois la luz del mundo» (Mateo 5,13-14). La sal y la luz son en función de un servicio. La Iglesia en cuanto sal tiene la tarea de preservar de la corrupción y dar sabor; en cuanto luz impide a las tinieblas prevalecer, asegurando una clara visión sobre la realidad y con el fin de la existencia. Estas palabras son también un fuerte reclamo a la fidelidad y a la autenticidad: es necesario, es decir, que la sal dé realmente sabor y la luz venza las tinieblas. El Reino de los Cielos - como habla Jesús - se presenta inicialmente con la pobreza de un poco de levadura o de una pequeña semilla; esta simbología reproduce bien la actual situación de la Iglesia en el contexto del mundo japonés. A ella Jesús ha confiado una gran misión espiritual y moral. Sé bien que existen no pocas dificultades a causa de la falta de clero, de religiosos, de religiosas y de una limitada participación de los fieles laicos. Pero la escasez de trabajadores no puede reducir el

compromiso de la evangelización, es más, es ocasión que estimula a buscarles incesantemente, como hace el patrón de la viña que sale a todas las horas para buscar nuevos trabajadores para su viña (cfr Mateo 20,1-7).

Queridos hermanos, los desafíos que la realidad actual nos pone delante no pueden resignarnos y tampoco remitir a un diálogo irénico y paralizante, aunque si en algunas situaciones problemáticas despiertan no pocas preocupaciones; me refiere, por ejemplo, a la alta tasa de divorcios, a los suicidios también entre los jóvenes, a personas que eligen vivir totalmente desenganchadas de la vida social (hikikomori), al formalismo religioso y espiritual, al relativismo moral, a la indiferencia religiosa, a la obsesión por el trabajo y la ganancia. También es verdad que una sociedad que corre en el desarrollo económico crea también entre vosotros pobres, marginados, excluidos; pienso no solo en aquellos que lo son materialmente, si no también los que lo son espiritual y moralmente.

En este contexto tan peculiar, se plantea con urgencia la necesidad de que la Iglesia de Japón renueve constantemente la elección por la misión de Jesús y se sal y luz. La genuina fuerza evangelizadora de vuestra Iglesia, que le proviene también de haber sido Iglesia de mártires y confesores de la fe, es un bien grande para custodiar y desarrollar.

Al respecto, quisiera subrayar la necesidad de una formación sacerdotal y religiosa sólida e integral, una tarea particularmente urgente hoy, sobre todo a causa del propagarse de la «cultura de lo provisional» (Encuentro con seminaristas, novicios y novicias, 6.7.2013). Una mentalidad similar lleva sobre todo a los jóvenes a pensar que no es posible amar verdaderamente, que no existe nada estable y que sobre todo, incluido el amor, sea relativo a las circunstancias y a las exigencias del sentimiento. Un paso más importan-

te en la formación sacerdotal y religiosa es, por lo tanto, ayudar a aquellos que inician tal recorrido a comprender y experimentar en profundidad las características del amor enseñado por Jesús, que es gratuito, conlleva el sacrificio en sí, es perdón misericordioso. Esta experiencia hace capaces de ir contra-corriente y fiarse del Señor, que no decepciona. Es el testimonio del que la sociedad japonesa tiene tanta sed.

Una palabra también deseo dirigir sobre los movimientos eclesiales aprobados por la Sede Apostólica. Con su impulso evangelizador y de testimonio, pueden ser de ayuda en el servicio pastoral y en la missio ad gentes. En los últimos decenios, de hecho, el Espíritu Santo ha suscitado y suscita en la Iglesia hombres y mujeres que pretenden, con su participación, vivificar el mundo en el que trabajan, y no por casualidad, involucrando sacerdotes y religiosas, también ellos miembros de ese Pueblo que Dios llama a vivir plenamente la propia misionaridad. Tales realidades contribuyen a la obra de evangelización; como obispos estamos llamados a conocer y acompañar los carismas de los que son portadores y a hacerlos partícipes de nuestra obra en el contexto de la integración pastoral.

Queridos hermanos en el episcopado, confío a cada uno de vosotros a la intercesión de la Beata Virgen María y os aseguro mi cercanía y oración. El Señor mande trabajadores en su Iglesia en Japón y os sostenga con su consolación. Gracias por vuestro servicio eclesial. Extiendo sobre vosotros, sobre la Iglesia en Japón y sobre el noble pueblo mi bendición apostólica, mientras que os pido que no os olvidéis de mí en vuestras oraciones.

FRANCISCO

Vaticano, 14 septiembre 2017

Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz

Misa en Santa Marta



Rezar
por los gobernantes

«Es una pena confesar no rezar por los gobernantes». Y esta oración debe hacerse sobre todo «para no dejar solos» a aquellos que tienen menos «conciencia» de que su poder no es absoluto sino que viene del pueblo y de Dios. Pero también «los gobernantes deben rezar para pedir la gracia» de servir lo mejor posible al pueblo que se les ha confiado. Y si no son creyentes, que al menos pidan conciencia para no perder de vista el bien común y para salir, de todos modos, del pequeño contexto autorreferente del propio partido.

Es un auténtico y característico «manual del buen político» aquel que el Papa sugirió el lunes 18 de septiembre, por la mañana, celebrando la misa en Santa Marta. Al comentar las lecturas de la liturgia, el Pontífice enseguida señaló que «en el centro están los gobernantes». En la primera lectura, trató la Primera Epístola a Timoteo (2, 1-8). Pablo aconseja «rezar por los gobernantes: por todos, también por aquellos que gobiernan». Después, en el Evangelio según San Lucas (7, 1-10) «hemos visto a un gobernante que reza: este centurión es un gobernante y tenía un problema con un siervo enfermo». Pero «hay una frase aquí que llama la atención: “Ama a nuestro pueblo”». Por lo tanto, afirmó Francisco, «está el gobernante que ama a un pueblo» incluso siendo «extranjero». Y «amaba a su siervo: porque amaba se preocupaba y porque se preocupaba fue a buscar la solución para resolver este problema de la enfermedad. Y acudió a Jesús y rezó».

«Este hombre —señaló el Pontífice— sintió la necesidad de la oración, pero, ¿por qué?. Porque amaba, ciertamente». Pero también «porque tenía la conciencia de no ser el dueño de todo, de no ser la última instancia». San Lucas reporta las palabras del centurión romano: «porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes». Son palabras que, explicó el Papa, expresan «la conciencia del gobernante que sabe que sobre él hay otro que manda. Y esto lo lleva a rezar».

«El gobernante que tiene esta conciencia, reza», ratificó el Papa. Por lo demás, «si no reza, se cierra en la propia autorreferencia o en aquella de su partido, en ese círculo del que no puede salir: es un hombre cerrado en sí mismo». Pero «cuando ve los problemas reales y tiene esta conciencia de subalterno, un gober-

nante reza» explicó. Porque tiene la conciencia de «que hay otro que tiene más poder que él».

Claro, añadió, quisiera preguntaros «¿quién tienen más poder que un gobernante?», y la respuesta, dijo Francisco, es «el pueblo, que le ha dado el poder y Dios, de quien viene el poder a través del pueblo».

«Es muy importante —insistió el Pontífice— la oración del gobernante, tan importante porque es la oración por el bien común del pueblo que le ha sido confiado». Y precisamente a este propósito, confió: «Recuerdo una vez, hace tiempo, que un gobernante me dijo esto: “Yo todos los días me tomo dos horas de silencio delante de Dios”. Yo pensé: “Pero este gobernante está atareado, tantas cosas...”. Pero realmente es importante, explicó de nuevo Francisco, «pedir la gracia de poder gobernar bien». Y así, «cuando Dios pide a Salomón: “¿Qué quieres: oro, plata, riquezas, poder, qué?”, ¿cuál fue la respuesta de Salomón?, “dame sabiduría para gobernar”».

Precisamente «por esto —afirmó el Papa— los gobernantes deben pedir esta sabiduría: “Señor, dame sabiduría; Señor, no me quites la conciencia de subalterno de ti y del pueblo, que mi

Es muy importante la oración del gobernante, tan importante porque es la oración por el bien común del pueblo que le ha sido confiado

fuerza la encuentras allí y no en el pequeño grupo o en mí mismo».

Por lo tanto, repitió el Pontífice, «es muy importante que los gobernantes recen: es muy importante». Pero, prosiguió, tal vez «alguno pueda decirme: “Padre, es cierto eso que usted dice, pero yo no soy creyente, yo soy agnóstico, soy ateo”». La respuesta del Papa fue: «De acuerdo, pero mídete: si no puedes rezar, mídete con tu conciencia; mídete con los sabios; llama a los sabios de tu pueblo y mídete». Por eso, «si no puedes rezar, al menos haz esto, pero no te quedes solo con el pequeño grupo de tu partido. No, esto es autorreferente: sal, busca el consejo fuera o en la oración o confrontándote con aquellos que pueden aconsejarte». Y «esta es la oración del gobernante».

En la primera lectura, recordó Francisco, «Pablo nos habla y nos aconseja rezar por los gobernantes: “Que se hagan —aconseja— preguntas, súplicas, oraciones y agradecimientos para todos los hombres, para el rey —todos los reyes— y para todos aquellos que están en el poder, para los gobernantes, para que podamos llevar una vida calmada y tranquila, digna, dedicada a Dios». Por lo tanto, recomienda Pablo, «el pueblo debe rezar por los gobernantes y nosotros no tenemos una conciencia fuerte sobre esto: cuando un gobernante hace una cosa que no nos gusta, decimos cosas feas; si hace una cosa que nos gusta: ¡Ah, qué bueno!». Pero lo dejamos solo, lo dejamos con su partido, dejamos que se las arregle con el Parlamento, con esto, pero no solo».

Y tal vez hay quien se desenvuelve diciendo: «Yo lo he votado» o «yo no lo he votado, que haga lo suyo». En cambio, insistió Francisco, «nosotros no podemos dejar a los gobernantes solos: debemos acompañarlos con la oración». Los cristianos «deben rezar por los gobernantes». Y también en este caso, señaló el Papa, alguno podrá objetar: «Padre, ¿cómo voy a rezar por este que hace tantas cosas malas?». Pero precisamente entonces «tiene más necesidad aún: reza, ¡haz penitencia por el gobernante!». «La oración de intercesión —es tan bonito esto que dice Pablo— es para todos los reyes, para todos aquellos que están en el poder», prosiguió el Pontífice. Y lo es «porque podemos conducir una vida calmada y tranquila». De hecho, «cuando el gobernante es libre y puede gobernar en paz, todo el pueblo se beneficia de esto». «Nosotros debemos crecer en esta conciencia de rezar por los gobernantes» repuso el Papa. Es más: «Yo os pido un favor: que cada uno de vosotros tome hoy cinco minutos, no más. Si es un gobernante, que se pregunte: “¿Yo rezo a aquello que me ha dado el poder a través del pueblo?”. Si no es gobernante, “¿yo rezo por los gobernantes? Sí, por esto y por aquello, sí porque me gusta, por aquellos, no”». Pero son precisamente aquellos los que «tienen más necesidad». Por lo tanto, es oportuno preguntarnos: «¿Rezo por todos los gobernantes? Y si encontráis, cuando hacéis examen de conciencia para confesaros, que no habéis rezado por los gobernantes, contad esto en la confesión. Porque no rezar por los gobernantes es un pecado».

Como conclusión, el Papa sugirió pedir «al Señor en esta misa la gracia de que nos enseñe a rezar por nuestros gobernantes: por todos aquellos que están en el poder, dice Pablo que nos enseñe». Y «también la gracia de que los gobernantes recen».



Refugiada rohingya recoge agua de lluvia en un campamento en Bangladés (17 de September de 2017) Reuters/Mohammad Ponir Hossain



VIENE DE LA PÁGINA 1

es, nada más y nada menos, de un repunte de 38 millones. Sí, 38 millones de personas más que el año anterior se ven cruelmente golpeadas por el hambre. Entre los lugares donde se ha detectado un crecimiento mayor de esta lacra estarían Sudán del Sur (que ya ha sufrido varias hambrunas en los últimos años), la parte norte de Nigeria, Somalia y Yemen.

Me detengo en los tres adjetivos a los que me refería más arriba. La información suministrada es «impactante» porque no es cuestión de algoritmos sino de personas, de hombres y mujeres, de niños, que, al final del día, no tienen nada que llevarse a la boca. No son cifras, son más de 38 millones de seres humanos, de vidas truncadas, de criaturas vulnerables, de hijos de Dios, que padecen grave desnutrición. Es una noticia «decepcionante» porque supone reconocer que el objetivo que la ONU se fijó en 2015 de desterrar el hambre de la tierra para el año 2030 parece alejarse y complicarse. Aun queriendo ser optimistas, no cabe duda de que estos datos ponen de relieve que esa meta será muy difícil de cumplir si no hay un cambio de tendencia rápido y notorio, y el número de hambrientos en el mundo vuelve a decrecer. Lo que se lee en este informe es «vergonzoso» porque un flagelo tan lacerante, inhumano y doloroso, como es el hambre, da la impresión de ser invencible. Este documento no puede ser leído y archivado sin más. No. Ha de transformarse en un recordatorio, en una voz que clame en nuestra conciencia. Debe ser como una alarma que nos recuerde: millones (muchos millones) de personas viven sin lo más básico, sin el alimento mínimo para subsistir.

El informe no se contenta con enumerar fríamente los datos. Apunta a tres causas fundamentales que habrían provocado este hinchamiento de las cifras del hambre en el mundo. En este sentido, se menciona la desaceleración de la economía en ciertas zonas del planeta. Ello ha traído una serie de consecuencias en cadena y probablemente (aunque el documento no lo apunta de forma directa) ha provocado un descenso en los programas de ayuda y de solidaridad para con los más pobres. Asimismo, el informe indica otra causa importante: el cambio climático, que ha acentuado fenómenos naturales muy negativos para la agricultura como, por ejemplo, el calentamiento del Pacífico oriental ecuatorial (el célebre fenómeno de «El Niño»), que trae consigo sequías o inundaciones que deterioran nocivamente (o incluso destruyen totalmente) la producción agrícola. La tercera causa de este auge del hambre sería la multiplicación de conflictos armados en diversos países. Estos enfrentamientos conllevan todo un cortejo de males: destrucción de los campos y los medios de producción, contaminación, descenso de la población activa (los que podrían crear trabajo y riqueza), desvío de fondos para armamento, y —algo que el informe subraya de forma especial— la proliferación de grandes bolsas de refugiados que huyen de su patria casi sin nada y carentes incluso de lo más necesario, el alimento. En no pocas ocasiones, estos refugiados no son bien acogidos en otros países y siguen sufriendo —de forma muchas veces dramática— el hambre y otra serie de precariedades. El mundo parece seguir prefiriendo gastar en armas, en destrucción y en muerte, más que en alimentación y en vida, lo cual podría añadir otro adjetivo más a la lista anterior: «escandaloso».

Ante estos datos, la primera consideración que se me ocurre es que no se puede permanecer impasible. Este documento no debe resbalarnos, como si fuera una noticia más, perdida entre la actualidad cotidiana de los periódicos. El informe de la ONU, más allá de los dígitos y las estadísti-

El repunte del hambre en el mundo

Una interpelación acuciante

cas, de las consideraciones políticas, más allá del análisis de las causas (todo ello, sin duda, necesario), debe interpelarnos seria y acuciantemente, debe ser un grito que nos despierte del sopor en el que vivimos, debe arrancarnos de la burbuja en la que a menudo nos mete nuestro egoísmo, para que no olvidemos que el hambre sigue ahí, provocando desolación, tristeza, amargura, muerte. Es inaceptable que, mientras en unas partes de nuestro planeta se tira la comida, se desperdicia ostentadamente, en otras azota el látigo de la falta de lo más esencial y se pisotea un derecho fundamental de todo ser humano: el acceso al alimento.

¿Qué podemos hacer? Mucho y de forma urgente. Ahora bien, ciertamente, lo que no podemos hacer es pensar que los datos suministrados por la ONU son meros titulares de prensa, que estarán visibles unos días y luego desaparecerán. No podemos tampoco quedarnos anclados en debates interminables o en discursos retóricos. No podemos tomar el camino de la evasión y los pretextos. Por supuesto, lo que no podemos hacer es perdernos en acusaciones estériles. El mundo no puede retirar su mirada de estos datos, como muchas veces ocurre, quizás porque mirar la realidad cuestiona nuestros modos de vida, muestra nuestra insensibilidad y nos echa en cara nuestro consumismo atroz.

Este documento de la ONU, en pleno siglo XXI, me parece que apunta a un fracaso de la humanidad. Una humanidad que, por una parte, ha llegado muy lejos en sus descubrimientos espaciales, una humanidad que ha partido el átomo en mil pedazos, una humanidad que ha logrado avances tecnológicos increíbles y que, sin embargo, no es capaz, o tal vez no quiera, acabar con un flagelo tan desgarrador como el hambre. Si no reaccionamos ante los datos de este informe, dentro de unos días (si no horas) la noticia habrá perdido importancia en los medios de comunicación social y tendremos que recurrir a internet para encontrarla. Y, desgraciadamente, todo seguirá igual, y los hambrientos seguirán existiendo por millones. Por eso, este informe está llamado, más que a subrayar el pesimismo, a hacer crecer la esperanza, la solidaridad y, especialmente, la voluntad de acabar con el hambre. Tenemos que vencerla de una vez por todas. Existen los medios, los análisis, las declaraciones. A todo esto, hay que sumar una mayor voluntad. Si todos juntos lo decidimos, podemos terminar con este problema. Por eso es fundamental que no se pierda este informe

entre los muchos que se publican cada día, que no quede arrinconado en nuestras conciencias.

A ello nos ayuda el Papa Francisco, cuando destacaba «la íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta» (*Laudato Si'*, 16). No se puede ya ignorar que los problemas ecológicos afectan sobre todo a los más indigentes. Frente a una ecología reducida en sus planteamientos, el Santo Padre nos ha llamado la atención sobre una ecología integral y nos ha recordado en muy diversas ocasiones que son los pobres los que sufren particularmente los desastres naturales, las funestas secuelas del cambio climático. Todo ello, aderezado con la inequidad y la guerra, está creando las condiciones para que la lacra del hambre no solo no descienda sino que crezca, como evidencia el informe de las Naciones Unidas. No nos enclaustramos en un derrotismo intimista, o en argucias mentales que lleven a pensar que el hambre es un problema que corresponde solucionar a los políticos y los gobernantes. Estos datos —si los tomamos con un mínimo de humanidad— nos invitan a todos a preguntarnos por nuestro modo de vida, por nuestros hábitos y por las repercusiones de los mismos en la situación mundial. En vez de escondernos tras vanas y efímeras excusas, hemos de continuar apoyando a aquellas instituciones (sociales, políticas y religiosas) que están plantándole cara al hambre, batallando incesantemente contra esta pesadilla, cuyos datos actualizados acaban de saltar a los medios de comunicación, pero que nos acompaña desde siempre.

«Deseo reconocer, alentar y dar las gracias a todos los que, en los más variados sectores de la actividad humana, están trabajando para garantizar la protección de la casa que compartimos. Merecen una gratitud especial quienes luchan con vigor para resolver las consecuencias dramáticas de la degradación ambiental en las vidas de los más pobres del mundo» (*Laudato Si'*, 13). Que estas palabras del sucesor de Pedro sirvan asimismo de acicate, de agradecimiento y de brújula, no solo a los que cuidan el medio ambiente, sino también a los que dedican sus vidas a erradicar el hambre en el mundo, con generosidad, constancia y entusiasmo.

**Observador Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA.*

Niños de una comunidad indígena de México central llevaron al Papa «el dolor y la esperanza de todos los mexicanos duramente afectados por el terremoto». Francisco recibió sus regalos, los abrazó y rezó con ellos el Ave María después de la audiencia general del miércoles



«Cultiva ideales, vive por algo que supera al hombre!». Como un «educador» y un «padre», el Papa Francisco eligió dirigirse en primera persona a sus interlocutores durante la audiencia general del miércoles, 20 de septiembre, en la plaza de San Pedro. E «imaginando hablar a un joven o a cualquier persona dispuesta a aprender», desarrolló la catequesis sobre la esperanza bajo forma de exhortación, invitando sobre todo a «no tener miedo de soñar».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La catequesis de hoy tiene como tema «educar a la esperanza». Y por eso usaré directamente el «tú», imaginando que hablo como educador, como padre a un joven, o a cualquier persona dispuesta a aprender.

¡Piensa, allí donde Dios te ha plantado, espera! Espera siempre.

No te rindas a la noche: recuerda que el primer enemigo a derrotar no está fuera de ti: está dentro. Por lo tanto, no concedas espacio a los pensamientos amargos, oscuros. Este

Sé responsable de este mundo y de la vida de cada hombre. Piensa que toda injusticia contra un pobre es una herida abierta, y disminuye tu propia dignidad

mundo es el primer milagro que Dios hizo y Dios ha puesto en nuestras manos la gracia de nuevos prodigios. La fe y la esperanza avanzan juntas. Cree en la existencia de las verdades más altas y más hermosas. Confía en Dios creador, en el Espíritu Santo que mueve todo hacia el bien, en el abrazo de Cristo que espera a cada hombre al final de su existencia; cree, Él te espera. El mundo camina gracias a la mirada de muchos hombres que han abierto brechas, que han construido puentes, que han soñado y creído; incluso cuando a su alrededor escuchaban palabras de burla.

No pienses nunca que tu lucha aquí abajo es del todo inútil. Al final de la existencia no nos espera el naufragio: en nosotros palpita una semilla absoluta. Dios no defrauda: si ha puesto una esperanza en nuestros corazones, no quiere destruirla con frustraciones continuas. Todo nace para florecer en una eterna primavera. Dios también nos hizo para florecer. Recuerdo ese diálogo cuando el roble pidió al almendro: «Háblame de Dios». Y el almendro floreció.

Donde quiera que estés, ¡construye! Si estás en el suelo, ¡levántate! Nunca te quedes caído, levántate, deja que te ayuden a levantarte. Si

El Papa se dirige en primera persona a los jóvenes y a quienes están dispuestos a aprender

Cómo se cultiva la esperanza

estás sentado, ¡ponte en camino! Si el aburrimiento te paraliza, ¡ahuyéntalo con buenas obras! Si te sientes vacío o desmoralizado, pide que el Espíritu Santo llene de nuevo tu nada. Obra la paz en medio de los hombres, y no escuches la voz de quien esparce odio y divisiones. No escuches esas voces. Los seres humanos, por muy diferentes que sean unos de otros, han sido creados para vivir juntos. Ante los contrastes, paciencia: un día descubrirás que cada uno es depositario de un trozo de verdad.

Ama a las personas. Ámalas una a una. Respeta el camino de todos, sea lineal o dificultoso, porque cada uno tiene su propia historia que contar. Cada uno de nosotros tiene su propia historia que contar. Cada niño que nace es la promesa de una vida que una vez más demuestra ser más fuerte que la muerte. Todo amor que surge es un poder de transformación que anhela la felicidad. Jesús nos entregó una luz que brilla en las tinieblas: defiéndela, protégela. Esa luz única es la riqueza más grande confiada a tu vida.

Y sobre todo, ¡sueña! No tengas miedo de soñar. ¡Sueña! Sueña con un mundo que todavía no se ve, pero que ciertamente vendrá. La espe-

ranza nos lleva a creer en la existencia de una creación que se extiende hasta su cumplimiento definitivo, cuando Dios será todo en todos. Los hombres capaces de imaginar han regalado a la humanidad descubrimientos científicos y tecnológicos. Han surcado los océanos, y pisado tierras que nadie había pisado nunca. Los hombres que han cultivado esperanzas son también los que han vencido la esclavitud, y han traído mejores condiciones de vida a esta tierra. Piensa en esos hombres.

Sé responsable de este mundo y de la vida de cada hombre. Piensa que toda injusticia contra un pobre es una herida abierta, y disminuye tu propia dignidad. La vida no cesa con tu existencia, y a este mundo vendrán otras generaciones que sucederán a la nuestra, y muchas más. Y cada día pide a Dios el don del valor. Recuerda que Jesús venció al miedo por nosotros. ¡Él venció al miedo! Nuestro enemigo más traicionero no puede contra nuestra fe. Y cuando te encuentres atemorizado frente a algunas dificultades de la vida, recuerda que no vives solo para ti. En el bautismo, tu vida fue sumergida en el misterio de la Trinidad, y tú perteneces a Jesús. Y si un día te asustas o piensas que el mal

es demasiado grande para desafiarlo, piensa simplemente que Jesús vive en ti. Y es Él quien, a través de ti, con su apacibilidad quiere someter a todos los enemigos del hombre: el pecado, el odio, el crimen, la violencia; todos nuestros enemigos.

Ten siempre el valor de la verdad, pero recuerda esto: no eres superior a nadie. Recuérdalo: no eres supe-

Si te equivocas, levántate: nada es más humano que cometer errores. Y esos errores no tienen que convertirse para ti en una prisión

rior a nadie. Aunque fueras el último en creer en la verdad, no te apartes de la compañía de los hombres. Aunque vivieras en el silencio de un eremita, lleva en tu corazón el sufrimiento de cada criatura. Eres cristiano; y en la oración todo se lo restituyes a Dios. Y cultiva ideales. Vive por algo que sobrepasa al hombre. Y si algún día uno de estos ideales te pasara una factura considerable, no dejes nunca de llevarlo en tu corazón. La fidelidad consigue todo. Si te equivocas, levántate: nada es más humano que cometer errores. Y esos errores no tienen que convertirse para ti en una prisión. No te dejes aprisionar por tus errores. El Hijo de Dios no vino por los sanos, sino por los enfermos; por lo tanto también vino por ti. Y si te vuelves a equivocar en el futuro, no tengas miedo, ¡levántate!, ¿Sabes por qué? Porque Dios es tu amigo.

Si te hiere la amargura, cree firmemente en todas las personas que todavía trabajan para el bien: en su humildad está la semilla de un mundo nuevo. Relacionate con las personas que han mantenido su corazón como el de un niño. Aprende de la maravilla, cultiva el asombro.

Vive, ama, sueña, cree. Y, con la gracia de Dios, no desespere nunca.

La oración por México devastado por el terremoto

El Papa expresó su cercanía al pueblo mexicano golpeado por el devastante terremoto, asegurando su propia oración por las víctimas, los heridos y los supervivientes. Lo hizo saludando a los fieles de lengua española al finalizar la catequesis.

Ayer un terrible terremoto asoló México, —vi que hay muchos mexicanos hoy entre ustedes— causando numerosas víctimas y daños materiales. En este momento de dolor, quiero manifestar mi cercanía y oración a toda la querida población mexicana. Eleve todos juntos nuestra plegaria a Dios para que acoja en su seno a los que han perdido la vida y conforte a los heridos, sus familiares y a todos los damnificados. Pidamos también por todo el personal de servicio y de socorro que prestan su ayuda a todas las personas afectadas. Que nuestra Madre la Virgen de Guadalupe con mucha ternura esté cerca de la querida nación mexicana.